

Melina

Ce Maldonado



Capítulo 1

La canción fue concebida inicialmente como un delirante tema de *Rock&Roll*. Letra endemoniada y guitarras estridentes. Por aquellos días grababa en su casa de Palermo gracias al estudio móvil de un amigo. Estaba prácticamente terminada, o al menos eso creía. Melina sube hasta el séptimo piso y se encuentra una escena tétrica. El flaco yace sobre el piso, inconsciente, rodeado por cristales de botellas rotas y papelitos de todos los colores. Por la mañana habían tenido una pelea monstruosa, él la había llamado puta y ella había terminado estrellándole un florero contra la cabeza. Ahora lo mira, caótico, a punto de ahogarse con su propio vómito. Lo toma desde la espalda, pero le resulta imposible. Bastante más chica; tanto en edad como en tamaño, desiste de un rescate tipo militar y lo toma desde los tobillos. Inhala, tira de él, exhala, vuelve a inhalar. Por momentos descansa tratando de recuperar el aliento. Lucha interminablemente contra su metro noventa y tres de estatura. Se sienta sobre el piso y lo mira, se ríe, lo putea y tira de vuelta. Finalmente lo lleva hasta el baño y con un último esfuerzo consigue sentarlo hacia un costado. Ahora su cabeza cuelga sobre el inodoro y vomita de una forma que ella nunca ha visto. Con espasmos, tembloroso (podría morir acá mismo, piensa) y mientras se convulsiona le llueven imágenes podridas. La vez que su maestra de música le contó que habían estudiado juntos, la tarde en que se armó de valor y tomó el colectivo para ir a verlo, la forma en que la mandó a cagar por el intercomunicador y esa extraña suerte de arrepentimiento que lo llevaría a dejarla entrar. Pensé que eras más de lo mismo, sonrisas, yo pensé que eras más alto. . . (si no te amara tanto). . . Entonces levanta sus ojos vacíos, y a pesar de tanta bronca ella no puede evitar enternecerse al contemplarlo de esa forma, indefenso. Le sostiene la cabeza hasta que termina de convulsionarse y lo deja ahí, tendido sobre el piso de azulejos empapados. Exhausta camina hasta el living, esa inmensa pirámide formada por líneas que sólo se cruzan en el infinito. La despierta el sonido de la música. Despacio abre sus ojos y empieza a recordar la noche anterior como si la sacara de una película de *Hitchcock*. El flaco se da vuelta y la mira. Esta vez perfectamente lúcido, el genio sentado frente al piano, omnipotente. Sonríe, pero su sonrisa no es la misma de tantas otras veces. Y al tiempo que sus frágiles dedos forman el primer acorde; al menos por un instante, ella siente que la vida vuelve a tener sentido infinitamente.